

CONCILIO: LA HORA DE

Si leemos un manual cualquiera de religión, para uso de colegios o institutos, creemos que el Oriente cristiano es un mundo orgulloso y cismático, que un día, sin razón alguna, se separó de la verdadera Iglesia católica.

Sin embargo, la sorpresa es inmensa al escuchar en el Concilio a los orientales que se unieron a Roma, después de la separación del siglo XI. La visión que nos dan de aquel hecho, y la valoración que hacen del cristianismo de Oriente, es completamente distinta que la de nuestros libros escolares católicos. Y lo dicen unos obispos, en pleno Concilio, que son tan católicos como nosotros los occidentales.

El impacto es fuerte, y la reflexión sincera, que debemos emprender, nos tiene que llevar a un replanteamiento de lo que se ha llamado históricamente el cisma de Oriente.

¿Quién tuvo razón en aquella época?

¿Qué representan, dentro de la Iglesia universal, los orientales?

¿Tendremos que rectificar nuestras estructuras de la Iglesia latina?

Tres preguntas clave, que tenemos que contestar sinceramente, si queremos ser amantes de la verdad.

EN la mañana del 16 de julio de 1054 un cardenal presuntuoso y rígido, sin previo aviso, cuando el clero de Constantinopla estaba reunido en la catedral de Santa Sofía, dejó encima del altar mayor la bula de excomunión del patriarca oriental Miguel Cerulario.

Humberto era un erudito que no tenía el más mínimo pudor científico: su amor a la verdad quedaba oscurecido por su afán de abrumar a aquellos orientales con las culpas de todos los herejes y cismáticos que había habido en otros tiempos, pero que nada tenían que ver con la situación entonces existente en Oriente.

Autores católicos occidentales, como los padres de Vries, S. J., y Grmel, A. A., han estudiado ésta cuestión y afirman exactamente eso. Los Padres conciliares, como el abad benedictino Hoeck; los arzobispos Slypji, Hermaniuk, Edelby y Zoghby; el obispo Ghattas y su beatitud el Patriarca Máximos IV, lo han señalado con energía y valentía ante unos Padres conciliares que estaban acostumbrados a oír todo lo contrario. Pero la reacción del aula conciliar ha sido tan acogedora que el esquema oriental fue aprobado por gran mayoría de votos. Esto supone un avance tan notable que la estructura latina de la Iglesia ya no se podrá decir que es la estructura de la Iglesia universal. Otra organización eclesial que tiene más en cuenta la vida del pueblo cristiano será tan católica como la excesivamente jerárquica y autoritaria que existe en Occidente.

COMO dijo Juan XXIII: En la separación de Bizancio, «las responsabilidades están compartidas» entre católico-romanos y ortodoxos. No hay un solo culpable, sino dos hermanos que no se entendieron, y por culpa, sobre todo, de un legado pontificio que actuó sin validez se produjo la separación.

El Papa León había muerto hacía tres meses cuando el cardenal excomulgó al Patriarca de Constantinopla. Excomunión que hoy se sabe, por eso, que no fue legítima, y que, además, estaba basada en falsedades calumniosas.

Tendremos que concluir con monseñor Vuccino, obispo griego residente en Francia: «No hablemos ya más de hermanos separados, sino de hermanos ortodoxos». Entonces, en vez de pedir que entren en nuestro redil los orientales, debemos pensar que «se trata más bien de reconciliación que de conversión propiamente dicha» (Máximos IV). Dos hermanos enfrentados se deben encontrar nuevamente con cariño, y así reconciliarse. ¿Cómo? Con el contacto personal, con el respeto mutuo, con la comunión en la misma fe y los mismos sacramentos. Por eso el esquema de ecumenismo dice claramente que católico-romanos y ortodoxos podrán, en las ocasiones oportunas, recibir los sacramentos indistintamente de sacerdotes de uno y otro grupo, aparentemente separados por diez siglos de incompreensión.

«La franqueza no debe estar sólo permitida en la Iglesia, sino que es un estricto deber»: ésa es la norma que nos recomienda el Patriarca melquita de Antioquía Máximos, que es quien más ha luchado por llegar a esta nueva situación que tendrá grandes repercusiones en el futuro. Porque nosotros, los latinos, por primera vez estamos reconociendo que «los ortodoxos no han tenido nunca conciencia de estar separados de la Iglesia, pues no se podrían considerar sino como siendo la verdadera Iglesia. Constituirían la parte más importante de la cristiandad; la que había definido las verdades de fe en sus propios Concilios y la que había dado a la Iglesia sus mejores teólogos» (monseñor Zoghby).

No es extraño que un obispo francés haya reconocido con total noble-

za: «¿Quién ha recordado en el Vaticano II las perspectivas teológicas más fundamentales? Los orientales. ¿Quién ha demostrado que la colegialidad era algo sacral y místico, y no sólo jurídico? Los orientales». Porque no olvidemos una verdad dura para nosotros los occidentales: «La vida cristiana en la Iglesia latina no es más segura que en las otras Iglesias» (monseñor Slypji).

La verdad es que la Iglesia latina, con sus ritos litúrgicos, su teología y sus leyes «no es sino una Iglesia particular en la Iglesia universal. Porque todas las Iglesias son, sin excepción, Iglesias particulares, y la Iglesia católica es la comunión de todas ellas» (monseñor Ghattas).

La misión de los orientales —católicos unidos a Roma y ortodoxos— es bien clara: recordarnos a todos los principios cristianos fundamentales, la esencia misma del cristianismo, más celosamente guardada por ellos que por nosotros los latinos. «Todo el mundo sabe el enriquecimiento que constituye para la Iglesia universal la tradición de Oriente, su teología, sus ritos y su espiritualidad» (monseñor Slypji).

A nosotros, en cambio, nos incumbe no anquilosar el cristianismo en ritos sin sentido o en actitudes sin relación con la vida de hoy. La Iglesia latina ha evolucionado más y nos ha hecho ver la necesidad de adaptación del cristianismo a cada situación histórica.

Permanencia y evolución, ésos son los dos factores que deben complementarse en la Iglesia universal, con la aportación de Oriente y Occidente, sin exclusivismos ni preferencias para ninguno.

Si queremos ser sinceros con Oriente tenemos que conseguir que sus Patriarcas no sólo tengan honores, sino autoridad en la Iglesia universal. ¿Por qué —se preguntaba un padre oriental— no hemos de elegir también al nuevo Papa nosotros y no sólo los cardenales? «Con la actual Curia del Papa es difícil a los que están fuera de la Iglesia, y a varios de dentro, ver la universalidad de la Iglesia y no más bien el particularismo de una Iglesia» (Máximos IV).

El fruto inmediato debe ser reorganizar nuestra Iglesia «haciendo seguir una corriente de descentralización» del gobierno eclesiástico, evitando también que los Nuncios sean en los diferentes países una especie de virreyes que supervisen la actividad de unos obispos, teleguidados por los organismos centrales» (Máximos IV).

Así, y sólo así, podríamos pensar en una reunión con los cristianos de tradición oriental que están en Constantinopla, Grecia, Rusia, África del Norte y Oriente Medio. De esas Iglesias que tanto sufren muchas veces en países hostiles, como la Unión Soviética, y con las que hemos sido tan injustos, juzgando a sus pastores insinceros u oportunistas.

Pero Pablo VI hizo lo más que pudo para superar esta incompreensión: mandar a Moscú a un obispo de toda su confianza, monseñor Charrière, y unirse el año pasado a la celebración del jubileo de este venerable anciano que es el Patriarca ruso Alexis. Y, poco después, tener un encuentro en Jerusalén el propio Papa con el Patriarca de Constantinopla, Atenágoras.

Hay en Rusia —a pesar de las dificultades que pone el régimen a la religión— 20.000 parroquias y 30.000 sacerdotes, con unos 50 millones de ortodoxos practicantes, dirigidos por este valeroso obispo, que consiguió de Stalin durante la guerra con su actitud una tolerancia nueva inexistente hasta entonces. En aquella ocasión fue cuando en los campos de batalla, y en las zonas más castigadas por la guerra, brotó un nuevo resurgir del sentimiento religioso, sin que las autoridades soviéticas se atrevieran a sofocarlo. Incluso los sacerdotes que estuvieron en zona nazi, con su ejemplo de amor a la patria ante el enemigo, dieron un testimonio que impidió emprender a los soviets las represalias a que tan acostumbrados estaban por cualquier fútil motivo.

Lástima que la postura del duro dictador que fue Stalin, antiguo seminarista, se cebase contra los católicos de rito oriental en Rusia, los ucranianos: el grupo cristiano más numeroso del Oriente unido a Roma.

La teología del Oriente católico es, prácticamente, casi la misma que la de los ortodoxos, y muy distinta de la nuestra en Occidente. Su «eclesiología es totalmente diferente de la nuestra; y es la misma, con pequeños matices, que ha vivido la Iglesia unida durante un milenio (cuando Oriente y Occidente estaban juntos)» (padre Villain, S. M.).

Me decía hace pocos días monseñor Edelby: «La teología oriental explica y precisa el dogma partiendo de hechos de vida de la Iglesia». Sus palabras eran repetición de los estudios hechos por un jesuita oriental, el padre R. Clément, S. J. ¿Qué quiere decir esto? Por ejemplo, que, si se discute de la organización de la Iglesia, los latinos tienden a establecer una estructura racional, excesivamente jurídica y jerarquizada, más o menos basada en concepciones medievales. En cambio, los católicos orientales miran

LA IGLESIA ORIENTAL

a lo que ha sido permanente en su organización desde los primeros siglos, y quieren reflexionar sobre ello, sin mezclarlo con ideas filosóficas humanas, por legítimas que sean.

Las Tradiciones primitivas, enseñadas en la Biblia y Santos Padres, son la fuente de esta vida de fe. La Biblia es para ellos la sola expresión, infaliblemente inspirada por Dios, de la vida de la Iglesia apostólica: norma fundamental de toda vida cristiana.

Estos cristianos son los que han batallado en el Concilio por alcanzar también que no les «llenen de honores, para ser luego tratados como subalternos por las congregaciones romanas; esto hay que cambiarlo, y conseguir que la instancia última sea el Patriarca y su sínodo» (Máximos IV). Sínodo que estaba antes compuesto también de seculares, y que se reúne semanalmente dos veces para tratar de los asuntos que atañen a toda la Iglesia local. Esto se ha conseguido ya, porque el esquema conciliar de las Iglesias orientales ha sido aprobado por los obispos, y en él se confirma el derecho a esta organización patriarcal, mucho más descentralizada que la de la Iglesia latina.

UNOS ejemplos harán comprender toda la belleza evangélica del pensamiento cristiano oriental, y lo mucho que debemos aprender de él, nosotros que estamos tan impregnados de legalismo: «El juridismo estéril de Occidente debe enriquecerse con la mística oriental» (monseñor Ziade).

Para ellos, la Iglesia no es un organismo autoritario al modo humano, como lo hemos hecho nosotros bastantes veces; es una madre bondadosa que nos recuerda el Evangelio, más con el ejemplo que con sus órdenes. Sabe que no sólo está presente Jesucristo en ella, como principio jerárquico, sino que el Espíritu directamente inspira a los fieles, y debe ser respetada por la Jerarquía la acción que ejerce sobre ellos.

«No hay que temer el dejar libertad a una reflexión teológica razonable», y hay que evitar el que «ciertas personas se comporten como si, para ellos, todo debiera ser cierto y evidente, y reaccionan violentamente contra quienes no parecen admitir fácilmente esa certeza y evidencia». Un clima de sana libertad en el pensamiento religioso es la tradición de Oriente, según Máximos IV.

Cuando se trata de urgir, por ejemplo, la obligación de asistir a misa, hay que huir del exceso de los moralistas occidentales que, desde la Edad Media, han abusado del juridismo, precisando con rigor matemático el pecado mortal. «Inculcando la obligación de ir a misa, dice el patriarca melquita, hay que evitar el hablar de pecado mortal o venial». Porque «el cristiano debe poder ir a Dios de otra manera que con la constante amenaza del pecado mortal y de las censuras eclesiásticas». No hay que convertir la religión en algo sólo exteriormente obligatorio, «lo cual puede depravar el sentido moral».

Para nosotros, la religión está centrada en la tragedia del Calvario; ellos, en cambio, no comprenden la muerte de Cristo sin la Resurrección. En Pascua se saludan los rusos con la frase: «Cristo ha resucitado», expresada con el gozo de quien sabe que Jesucristo ha vencido al mal. Es una religión gozosa y comprensiva del nuevo valor que el Salvador les ha dado a todas las cosas de este mundo.

Para un oriental está muy claro que los sacramentos no son ritos que maneje el sacerdote con autoridad personal, sino en nombre de Cristo. El clérigo no es un detentador de un poder que puede utilizar a voluntad, sino el instrumento humano indigno, que ha instituido Jesucristo, y que debe ayudarnos necesariamente a acercarnos a Dios, sin substituirse a Él. En el sacramento de la confesión hemos dado en Occidente una importancia excesiva a la confesión de los pecados, olvidando que lo fundamental es el reconocerse pecador y arrepentido. En cambio, el sacerdote, para los orientales, no es un juez al estilo humano; sino un indigno siervo que pone en comunicación al pecador, por medio del sacramento, con el Señor. La fórmula latina: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» es contraria para ellos a este espíritu humilde que debe reinar en la función sacerdotal; y por eso utilizan una fórmula que no es autoritaria, sino de petición a Dios. Dicen al pecador arrepentido: «Lo que has dicho a mi indigna persona, y todo lo que no hayas acertado a decir, por ignorancia u olvido, sea por lo que sea, te lo perdona Dios en este mundo y en el otro. No tengas más ansiedad; vete en paz». El sacerdote es un testigo de Cristo instituido por el mismo Jesús en su función; pero no hacen de él un condenador ni una especie de fiscal acusador. El tribunal de la penitencia es un tribunal de misericordia, y no de condenación.

Ya San Agustín criticaba la fórmula: «Yo perdono los pecados», y San León I, Papa, decía en los primeros siglos: «El sacerdote es como el inter-

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

cesor por los pecados de los hombres». Durante once siglos no existió en toda la cristiandad más que la fórmula oriental.

Así vemos que la antigua tradición se ha conservado mejor en Oriente que en Occidente, porque el respeto a la acción de Dios, a través del sacerdote, queda mejor marcada en su liturgia del sacramento de la confesión.

EL gran mártir de la barbarie rusa, el ucraniano monseñor Slypji, liberado de las cárceles soviéticas por Juan XXIII, afirma que el defender las doctrinas de Oriente es para ellos un gravísimo deber de conciencia, del que Dios les pediría cuenta después del Concilio, si no lo cumplieran. Por eso les pidió patéticamente a los Padres conciliares: «Ayudadnos y sostenednos para que cumplamos nuestra misión de unión: tened piedad de nosotros»; y hace que «el Concilio muestre su respeto por las Iglesias de Oriente...», y así los orientales no crean que la unión con Roma no es sino un puente para caer en el mar de la latinidad».

Hay que evitar «esta mala descripción que da una imagen falsa de la Iglesia, en la que toda la vida cristiana parece deber resumirse en la sumisión a la Jerarquía, o en una pirámide clerical, con los laicos en la base y como grado inferior, actuando sólo como pequeños monaguillos sometidos a todos los otros» (monseñor McGrath).

Y eso no se evita suficientemente con la concepción práctica de la Iglesia que ha habido veces en Occidente, y que resume así, en forma algo caricaturesca, el arzobispo católico Edelby: «La Iglesia occidental es todavía demasiado clerical en sus concepciones, y en su comportamiento. Parte de una visión opuesta a la nuestra. Según aquella, Cristo estableció a Pedro como jefe supremo, como una especie de emperador romano con sotana; después le dio colaboradores, y por fin sujetos: clérigos y fieles».

En cambio «para nosotros los orientales es lo contrario: Cristo primero se unió a los fieles, a los cuales les pertenece de derecho la predicación del Evangelio. Después les dio a los apóstoles y, a fin de que este Colegio permanezca coherente, le escogió una cabeza».

Vemos así el papel tan importante que tiene el pueblo creyente en la Iglesia de Oriente: «Los laicos, hombres y mujeres, son entonces los testigos infalibles de la doctrina»; y por eso «el consentimiento unánime de los fieles es el testimonio infalible de la fe»; de tal manera que «antes en los Concilios los laicos eran consultados» (monseñor Slypji), y participaban en ellos».

El Papa, piensan estos católicos, que es «el jefe del Colegio apostólico», del conjunto de los obispos del mundo. Pero para ellos «el solo jefe de la Iglesia, la sola cabeza del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es Nuestro Señor Jesucristo. Porque «el poder del Romano Pontífice sobre toda la Iglesia no destruye el poder de conjunto del colegio episcopal sobre toda la Iglesia». «La Iglesia oriental... debe su vida sacramental, litúrgica, teológica y disciplinaria a una tradición apostólica viva, en la que no aparece, sino excepcionalmente, la intervención de la Sede romana»: esa ha sido su legítima experiencia.

Piensan que «en la opinión católica moderna hay como una obsesión morbosa del primado del Papa...; se rodea al Papa de un respeto obsequioso, que no tiene nada de evangélico» (monseñor Edelby). Se cae prácticamente a veces en «la papolatría», como decía un religioso italiano, dedicado a la educación, el hermano Giocondo.

Lo cual no impide para nada la gran veneración que tienen los católicos orientales al Primado romano, porque ellos lo entienden como un primado de amor, que debe intervenir en las cosas que afectan al bien universal de toda la Iglesia, haciéndolo con amor y no con exagerado autoritarismo. En lo demás consideran al Papa como patriarca de Occidente solamente, y no se sienten obligados a seguirlo. Desgraciadamente los ortodoxos han perdido esta consideración por Roma, y eso les ha llevado a atomizarse y perder el sentido universal de la colegialidad episcopal.

TERMINO como lo hizo monseñor Zoghby en el Concilio, después de exponer con franqueza la tradición oriental, tan legítima y católica como la latina: «Si aquí estuviera el cardenal Humberto, el que excomulgó al Patriarca de Constantinopla, muchos de nosotros hubiésemos sido excomulgados». Pero, gracias a Dios, en la Iglesia sopla un viento de legítima libertad, que permite a todos ser plenamente sinceros con sus convicciones.

Roma, noviembre de 1964